

# 6

## Desvanecen las esperanzas

*Mejor es confiar en Jehová que  
confiar en el hombre.*

**Salmo 118:8**

**E**ra el mes de noviembre y me sentía ilusionada por la posibilidad de recibir tratamiento en los Estados Unidos. Ahora se acercaba el día de la muy esperada cita en Houston, Texas. Ya estaban listos todos los trámites con el hospital y el médico me esperaba. Era una “nueva esperanza” centrada en una consulta. Hacía casi dos años que vivía con este movimiento involuntario de mis piernas y mis manos sin poder abrirlas, por lo que dependía totalmente de otros. En este viaje me acompañaban mi padre y Amuy, mi hermana, a quien le habían dado permiso en el colegio para ayudarme y brindarme su apoyo.

Ya en Houston, la noche antes de ir al hospital, por mi mente pasaban infinidad de pensamientos. Tenía la ilusión de que recibiría una solución a mi problema. Faltaban sólo horas para que me viera el especialista y sentía preocupación de lo que me pudiera decir. Me sentía un poco triste por lo que me estaba ocurriendo; mis fuerzas se me estaban acabando. Me preguntaba qué respuesta me darían.

Le dije al Señor: “Dios mío, hasta este momento me han atendido casi veinticinco médicos en Panamá y ninguno ha dado con la solución. Señor, me va a ver uno de los mejores especialistas aquí en Houston. Sé que tú has permitido que esté hoy aquí. Por favor, te pido que me ayudes, porque sé que tú lo puedes hacer.” No entendía por qué tenía que sufrir tanto; por qué no podía estar normal como cualquier joven de mi edad. Pero detrás de tanto dolor, Dios tenía el control; sabía que Él me escuchaba. Él era el único que no se iba a ir de mi lado.

Al fin llegó la cita tan esperada. El 10 de noviembre de 1999, muy temprano, llegamos al hospital. Mientras esperábamos al médico, mi padre me dijo: “Hija, vamos a orar.” Me tomó de la mano y oró: “Señor, toma el control, confiamos en ti. Hasta aquí nos ha traído; vamos a seguir adelante porque tú diriges nuestra vida.” Me llamaron al consultorio, y al ver al médico pensé: “*Dios, ayúdame, por favor.*”

Empezó a examinarme y a revisar el cuadro clínico. Se ponía la mano en la cabeza, asombrado del caso. Me tomó un video del movimiento que tenía y ese mismo día me hicieron un examen. Después que vio los resultados de los exámenes, el médico dijo: “No puedo ayudarte. Tienes que aprender a vivir con tu problema. Regresa a tu país; no sé qué tienes. Nunca he visto un caso así; no hay cura para ti. Lo siento. Lo único que puedo hacer es indicarte terapia física para que te enseñen cómo ser un poco más independiente. Podemos probar con un medicamento para ver si resulta. Puedes perder tus manos.”

Al escuchar esto quedé sin palabras. No lo podía comprender. ¡Esto era muy duro para mí! Mis lágrimas empezaron a salir, tenía tantas esperanzas. Me había ilusionado creyendo que iba a obtener una respuesta a mi problema. Lloraba porque el sueño de verme de pie nuevamente, por el momento se había desvanecido.

Eran muchas las preguntas: “¿Cómo va a terminar esto? Señor, dame una luz. ¿Por qué me trajiste aquí? ¿Dónde estás? ¡No quiero vivir con esto!”

Me sentí por un momento muy sola y mi fe estaba algo quebrantada. Le pedí al Señor que me ayudara, que me diera fuerzas para seguir luchando porque ya no podía más. Muy dentro de mí algo me decía: “Confía, todo va a salir bien. Aunque las circunstancias indiquen lo contrario, todo está en mis manos.” Y el Señor me recordó: “*Mejor es confiar en Jehová que confiar en el hombre.*”

Días después de haberme atendido este médico, regresamos al Hospital Metodista para recibir una serie de terapias físicas que me enseñarían cómo ser un poco más independiente y a vivir con este problema. Asimismo debía probar con otros medicamentos para ver si mis manos reaccionaban; pero nada de esto dio resultado, y cada vez el dolor era más intenso, sobre todo en mis brazos.

Deseaba volver a ver mis manos abiertas, poder mover mis dedos; soñaba con tocar la guitarra nuevamente, pasar mis manos por mi cara,

comer sola; cosas al parecer insignificantes, pero que en realidad son un regalo de Dios. Estaba aprendiendo a agradecer a Dios aun hasta por los detalles más pequeños de la vida. Mi perspectiva de la vida había cambiado totalmente.

Si hoy me dieran la oportunidad de cambiar algo de lo que ocurrió, no lo haría, ya que esta prueba se convirtió en una bendición para mí y para toda mi familia. Pude comprobar una y otra vez que Dios es fiel, que nunca nos abandona. Como familia empezamos a unirnos más en oración y esto aligeraba mi carga.

## Querido lector:

---

Todos los días debemos poner nuestra confianza en algo o en alguien. Muchas veces, al venir las pruebas, pensamos que con nuestras propias fuerzas podemos seguir adelante o solucionar los problemas. Empezamos a confiar en todo lo que nos rodea, buscando respuestas en distintos sitios, poniendo nuestra esperanza en personas, en cosas vanas. Sin embargo, llega un momento en la vida en que nos damos cuenta de que sólo hay alguien que es fiel y leal, que puede ayudarnos, que está dispuesto a escucharnos, y que nunca nos falla. Ese alguien es Dios.

Nunca olvides que *“mejor es confiar en Jehová que confiar en el hombre”*.

Hay una ilustración de un hombre que iba caminando en la playa. En la arena se reflejaban dos pares de huellas: las de él y las del Señor. Pero llegó un momento en el camino, en que ya no eran dos pares de huellas, sino un solo par. El hombre le preguntó a Dios: “Señor, ¿dónde estás si me prometiste que irías conmigo en todos los momentos de mi vida? ¿Qué pasó que sólo veo un par de huellas en el camino de mi vida? ¿Dónde estás?” Y Dios le respondió: “Estoy aquí, hijo. Nunca te he dejado. Si sólo ves un par de huellas, es porque soy yo quien te lleva en los brazos.”

Dios te lleva en sus brazos. Mira más allá de las circunstancias. Cuando tratamos de conseguir las cosas por nuestras propias fuerzas, sin tener a Dios como capitán, los resultados no serán favorables. Pero en las manos de Dios, la obra de nuestra vida puede ser verdaderamente preciosa. Deja que Él sea quien toque el concierto de tu vida.

# Al borde de la muerte

*Esta enfermedad no es para muerte, sino para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella.*

**Juan 11:4**

Faltaba poco para regresar a mi país y encontrarnos con mi madre y mi abuela que nos esperaban ansiosas. Lo menos que pensábamos era que las cosas se iban a complicar mucho más estando en Houston.

Llegamos al hospital, como todos los días, para recibir la terapia física. La terapeuta me hizo pasar para iniciar los ejercicios; con mucho esfuerzo me acostó en una colchoneta. Pero, de repente, empecé a sentirme mal. Mi respiración era cada vez más lenta hasta que quedé inconciente y fui trasladada a la sala de cuidados intensivos, en estado de coma.

El médico salió al pasillo y le dijo a mi padre: “Su hija se muere. Firme esta hoja donde da la autorización de hacerle una pequeña operación para salvarle la vida.” Querían hacerme una traqueotomía por mi deficiencia al respirar; pero, gracias a Dios, no fue necesario porque pudieron entubarme.

Mi padre me cuenta que se arrodilló en la sala de espera mientras me atendían. Empezó a llorar sin importarle las personas que pudieran estar a su alrededor y oró a Dios: “Señor, la vida de mi hija está en tus manos; sólo tú la puedes ayudar. La he traído a uno de los mejores hospitales y no han podido dar con la solución. Tú me la diste y yo te la entrego. Ni el dinero que tengo, ni nada de lo que poseo puede ayudar en este momento a mi hija; sólo tú puedes hacerlo.”

Cuando desperté, varios días más tarde, mi madre y mi abuela estaban

a mi lado. Mi padre las había llamado para que vinieran porque me encontraba muy grave. Estábamos todos juntos como familia. En el estado en que me encontraba no podía viajar de regreso, por lo que tuvimos que quedarnos por más tiempo en Houston. El movimiento de las piernas no cesaba y mis manos no mejoraban. Gracias a Dios, luego de varios días, pude salir de la sala de cuidados intensivos del hospital; pero me sentía muy débil.

Otro médico empezó a verme allí y decía lo mismo: “Tienes que aprender a vivir con tu problema.” Estas palabras no las aceptaba, por lo que les decía a todos: “Para mi Dios no hay nada imposible.”

Salí del hospital en diciembre. El 19 de ese mes cumpliría dieciséis años. Cada día elevaba esta petición a mi Padre: *“No quiero regalos en mi cumpleaños; nada me hará feliz. El único que me puede conceder lo que quiero eres tú. Por favor, permite que mis manos estén abiertas para esa fecha; quiero verlas nuevamente con vida, aunque sea con un poco de movimiento. Que se haga tu voluntad en todo momento. Gracias por tenerme con vida. En el nombre de Jesús, amén.”*

Cómo cambiaría esta situación, nadie lo sabía. Tal parecía que Dios estaba en silencio, pero yo confiaba en que Él estaba obrando y llevando a cabo su propósito en mi vida y en la de mi familia. Confiaba en que Él me escucharía. Era muy duro para mí atravesar esta gran prueba, pero asombrosamente, comencé a sonreír de nuevo. Dios me fortalecía en medio del dolor.

## **Querido lector:**

---

Si hoy atraviesas por un momento doloroso que no puedes entender, si piensas que Dios está en silencio y que caminas solo, te puedo asegurar que Él está contigo. Recuerda esto siempre: Dios nunca llega tarde. Su tiempo es perfecto. Confía plenamente en Él, entrégale tu vida, y deja que Dios te guíe.

Confiar en Dios es lo mejor. No dejes que tu corazón se llene de amargura; escucha el mensaje bíblico: *“Sobre toda cosa guardada, guarda tu corazón; porque de él mana la vida”* (Pr 4:23).

Dios está constantemente sembrando semillas de victoria dentro de ti, y tu corazón es la tierra para esas semillas. Si abrigas amargura, celos u orgullo, esas semillas no podrán germinar y desarrollar. No dejes que la desilusión afecte tu fe. ¡Ponte de pie y guarda tu corazón, sabiendo que mediante la fe y la paciencia heredarás las promesas de Dios en tu vida!

Echa fuera todos los pensamientos negativos que puedan estar en tu mente y en tu corazón; sácalos de una vez por todas, son estorbos que no te dejan avanzar. Lléname de los pensamientos de paz que sólo Dios te puede dar. Cambia tu manera de pensar y decide continuar con todas las armas que Dios te da. No te quedes con los brazos cruzados, lucha por llegar a tu meta. Tienes todas las de ganar, porque a tu lado va tu mejor guía, tu mejor amigo, llamado Jesucristo. Agárrate fuerte de su mano y dile: "Señor, aquí estoy. Quiero seguir en tus caminos."

# 8

## Manos abiertas

*Dios ungió con el Espíritu Santo y con poder a Jesús de Nazaret, y ... éste anduvo haciendo bienes y sanando a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él.*

**Hechos 10:38**

**N**os hospedábamos en casa de la hermana Dolores Guerrero, una familia que había conocido mis padres hace veinte años. Cuando mi madre enfermó, mi padre la llevó a Houston, al mismo hospital donde me atendieron a mí, en el cual fue sometida a tres operaciones para salvarle la vida. Esta hermana fue su compañera de cuarto en el hospital, e iniciaron una fuerte amistad que continuó por años. Cuando supo que me llevaban a Houston ofreció su casa nuevamente para atendernos.

En una ocasión, su hija Grace y su esposo Richard nos invitaron a la iglesia de *Lakewood* para que asistiéramos al culto del domingo. Era el 12 de diciembre de 1999. Muy temprano nos preparamos para llegar a tiempo al culto matutino de esa iglesia, que entonces tenía casi cinco mil miembros; ahora es mucho más grande. Al entrar, quedé conmovida. No lo podía creer. Vino a mi mente el sueño que tuve meses antes y se lo dije a mi madre. Nos sentamos y empezamos a escuchar el mensaje. La hermana Doddy Osteen, que dirigía el culto, dijo: “Este tiempo es para orar. Si en este auditorio se encuentra hoy una joven de Panamá, por favor, queremos que pase al frente para orar por ella.”

Al escuchar eso, mis padres me llevaron al frente. Sabían que se haría la voluntad del Señor. La hermana Dodie empezó a orar. Cerré los ojos y le dije al Señor una vez más: “Ya no puedo más. Te entrego mi vida, que se haga tu voluntad. Ayúdame, por favor.” Sentí que por mis brazos corría como una fuerza eléctrica, un calor que llegó hasta mis dedos. Cuando abrí los ojos, vi en el piso los aparatos que antes tenía en mis manos.

¡Mis manos estaban abiertas por completo! No pude contener las lágrimas. Le daba gracias a Dios por concederme el regalo que le había pedido. Esto era algo muy valioso para mí. Hacía casi dos años que no veía mis manos abiertas. Mis padres, al ver esto, no pudieron contenerse y alababan y agradecían al Señor.

Mi papá recogió los aparatos y dijo: “Dios, eres real. Sólo tú tienes poder. Eres el Dios de lo imposible. Hoy me lo confirmas. Cuando pasé al frente no esperaba un milagro, pero tú lo hiciste. No fue cuando nosotros queríamos, sino en tu tiempo.” Mi madre decía: “Tú trajiste a mi hija aquí a Houston con un propósito. Ni el mejor médico pudo ayudarla; pero tú sí pudiste.”

Fue un momento inolvidable. No me cansaba de mirar mis manos. Al regresar a nuestros asientos mi hermana y mi abuela estaban también muy sorprendidas. Le daban gracias a Dios por esto que había ocurrido. Fue algo que marcó mucho nuestras vidas.

Por supuesto, al salir del templo, estábamos todos muy emocionados por lo que había ocurrido. El movimiento involuntario de las piernas continuaba, pero esto no quitaba el gozo que había en nuestro corazón. Mi emoción fue aun mayor cuando vi alrededor del templo flores amarillas como en el sueño.

Al día siguiente tenía que ir muy temprano al hospital. Cuando vi al médico que me atendió en cuidados intensivos, uno de los que decía que podría perder mis manos, le extendí un brazo y le dije: “Doctor, para nosotros hay muchas cosas imposibles; pero para mi Dios todo es posible. Mire mis manos.”

Él se acercó, y aún incrédulo tocaba mis manos, algo frágiles por el tiempo que estuvieron sin movilidad; las apretaba, me movía los dedos y decía que no era verdad, y preguntaba cómo había sucedido. Le contamos la experiencia del día anterior y decía que sólo un milagro podía haberme sanado. Quedó tan impresionado que prometió comenzar a congregarse en esa iglesia. Asimismo, se sintió conmovida la licenciada que me atendía en terapia física, y muchos otros.

El 19 de diciembre, día en que cumplí dieciseis años, le di gracias a Dios una y otra vez porque me había dado el mejor regalo, el que más deseaba. Dios había escuchado mi petición. Aún me encontraba en una silla de ruedas, pero el Señor me daba nuevas fuerzas para seguir luchando y confiando en que las cosas iban a mejorar. Pero lo que no



sabía era que aun faltaba un camino largo por recorrer; vendrían otras fuertes pruebas

## Querido lector:

---

Valemos mucho para Dios. Él sabe lo que es mejor para nosotros. Las pruebas vienen a nuestra vida para hacernos crecer; es necesario que pasemos por ellas. Tenemos tres opciones: mirar atrás y quedarnos en el pasado; tener temor y permanecer en el mismo lugar, sin luchar, con los brazos cruzados; o mirar hacia adelante sin importar lo que pueda venir, confiando en que el Señor nos respalda si somos obedientes y hacemos su voluntad. Es esta última la que escogí, y Dios me ha dado su bendición. ¡Confía en el Señor y haz su voluntad!

¿Tienes una visión de victoria para tu vida? ¿Percibes victoria en cada paso? ¿Estás viviendo cada día con fe? Es cierto que, en algún momento, todos pasamos por situaciones muy dolorosas. Es en las tormentas que crecemos y nos hacemos fuertes.

No importa cuántas debilidades crees que tienes; no importa cuántas veces caigas. ¡Levántate por la fe! No permitas que el enemigo traiga aflicción a tu vida con engaños para hacerte creer que no eres suficientemente bueno. Mantente firme en tu confianza en Dios.

Un elemento muy importante son tus palabras. Las quejas son como veneno en tu boca; tus palabras pueden purificar o contaminar. ¿Qué actitud tomas antes las circunstancias? ¿Te quejas, o das gracias a Dios? Un corazón agradecido no da lugar a la queja, ni al temor. Decide vivir hoy una vida de gratitud; deja que Dios sea quien dirija tu vida. Él es el mejor capitán que puedas tener. No hay nada que temer, ¡levántate y lucha por tu victoria!

# Regalo de Navidad

*Toda buena dádiva y todo don perfecto  
desciende de lo alto,  
del Padre de las luces, en el cual no hay  
mudanza, ni sombra de variación.*

**Santiago 1:17**

**D**ías después, el 22 de diciembre, salimos muy temprano para el hospital y recibí mi tratamiento agotador y largo, como siempre. Los días siguientes eran festivos por Navidad, por lo que no volvería más hasta el 26 de ese mes. La terapeuta que me atendía me dijo antes de retirarme: “Pídele a Dios que te dé un regalo de Navidad, porque sólo Él puede ayudarte.” Yo le sonreí y le dije que lo haría. Me sentía algo agotada por el movimiento involuntario de mis piernas.

Al salir, ya eran casi las cuatro y media de la tarde. Todos nos encontrábamos cansados. Sin embargo, recuerdo que mi padre dijo: “No quiero regresar aun a la casa. No sé por qué tengo el deseo de volver a la iglesia. Hoy hay culto. Quiero ir, tenemos que ir.” Sin saber dónde quedaba el templo, ya que ese día no nos acompañaba la hija de la hermana Dolores, llegamos a tiempo para participar del culto.

La hermana que estaba dirigiendo dijo: “Días atrás una joven de Panamá recibió un milagro, sus manos fueron abiertas. Quisiera saber si se encuentra aquí hoy. Si está, quiero que pase adelante y nos dé testimonio de lo que le ocurrió.” Les dije a mis padres: “Esa soy yo.”

Estaba muy nerviosa. En ese culto había casi cuatro mil personas. Pasé al frente con mis padres; decidida a contar mi testimonio. Enseñé mis manos abiertas y con palabras de Dios conté todo el proceso desde el día que me di el golpe. Cité Hebreos 10:35,36 donde lee: “*No perdáis, pues, vuestra confianza, que tiene grande galardón; porque os es necesaria*

*la paciencia, para que habiendo hecho la voluntad de Dios, obtengáis la promesa.*” Y terminé diciendo: “Es hermoso saber que Jesucristo está con nosotros en medio del sufrimiento, y saber además, que algún día le pondrá fin. Recuerda siempre estas palabras, detrás de cada prueba Dios tiene un propósito.”

Regresamos a nuestros asientos y escuchamos el mensaje del hermano Joel Osteen. Después del culto, me encontraba sentada en la silla de ruedas junto con mi madre. El movimiento involuntario de las piernas aun continuaba. Se acercó un hermano desconocido, del que nunca nos vamos a olvidar, y me dijo: “Hermana, que Dios la bendiga. Mi nombre es Gonzalo Andrade. Estaba sentado en los puestos de arriba. Cuando la vi, empecé a sudar frío. Escuché una voz fuerte que me dijo: ‘Tócala, tócala.’ No entiendo qué quiere decir esto, pero algo muy dentro de mí me dice que ore por usted. Tengo ocho meses de haber entregado mi vida al Señor. ¿Me permiten orar?” Se arrodilló donde me encontraba y de una forma tranquila empezó a orar poniendo sus manos en mi cuerpo. Al mismo tiempo yo oraba y le decía al Señor: “Toma el control, que se haga tu voluntad. Por favor, estoy agotada. Ayúdame, quítame esto que hace que mi cuerpo se mueva.”

De repente me invadió nuevamente la misma fuerza eléctrica que había sentido cuando mis manos fueron sanadas. Sentí que entraba por mi espalda un calor que recorría parte de mi cuello y columna vertebral. Fue asombroso como, poco a poco, se paralizó el movimiento de mis piernas, desapareciendo por completo. Mi familia y yo apenas podíamos hablar. Dios había hecho otro milagro. ¡Qué Dios tan oportuno; nunca llega tarde! Su tiempo es perfecto. Una vez más me demostraba cuánto me ama y cuán especial soy para Él.

Conmovidados y emocionados no parábamos de darle las gracias a Dios. Mi cuerpo quedó muy débil, pero tranquilo. Ahora sólo quedaba esperar porque tenía la seguridad de que todo lo que Dios comienza lo termina. Por primera vez en dos años iba a poder descansar esa noche al dormir.

A pesar de estar lejos de casa en este tiempo de Navidad, estuvimos muy unidos como familia. Eso era muy valioso para mí. El 26 de diciembre tuve que regresar al hospital para recibir mi terapia física. Cuando la terapeuta me vio no podía creerlo. Me preguntaba qué me pasaba, por qué ya no tenía el movimiento en las piernas. Recordó la última cita y me dijo: “Dios te dio un gran regalo para Navidad.” Ella y los médicos estaban muy impresionados.

## Querido lector:

---

No dejes de sonreír. ¿Por qué dejar de sonreír? Es una de las cosas que te alegra, y puedes cambiarle el día a una persona con el solo hecho de brindarle una sonrisa. A veces tenemos que ser como niños; ellos llevan una alegría en lo más profundo de su corazón.

A mí me ha sucedido muchas veces. He tenido días en que me siento desanimada, y de repente llega una persona que viene muy sonriente y me dice: "Nadhy, ¿cómo estás? Me alegro de verte." Estos son pequeños encuentros que Dios permite para que podamos seguir adelante.

Otra cosa: declara bendiciones. Cada día, levántate con una actitud positiva, llénate de valor y di en voz alta: *"Señor, declaro este día de bendición para mi vida."*

Dios ha prometido restaurar las cosas que el enemigo ha robado. Haz tu parte y desarrolla una mentalidad de restauración. Espera que las cosas cambien a tu favor, sé fuerte de voluntad y decidido, y haz todo lo que puedas para recobrar lo que el enemigo ha robado. No puedes quedarte de brazos cruzados, o quedarte deprimido pensando que ya no hay nada que hacer. Levántate, amigo, y pelea con la ayuda de Dios. ¡Declara bendiciones y sonríele a alguien hoy!

# 10

## Otra situación dolorosa

*No temas, porque yo estoy contigo; no desmayes, porque yo soy tu Dios que te esfuerzo; siempre te ayudaré, siempre te sustentaré con la diestra de mi justicia.*

**Isaías 41:10**

**E**stábamos en casa nuevamente el 13 de enero de 2000. Comenzaba un año que traería nuevas sorpresas, y vendrían otras pruebas. Tenía la esperanza de que ya todo iba a mejorar y lo que menos pensaba es que las cosas se complicarían.

Había quedado algo débil, no tenía muchas fuerzas, tenía que empezar un nuevo plan de terapia. El 15 de enero tuve cita en el Centro de Rehabilitación para una evaluación después de mi regreso. Tanto la terapeuta como la médica que me atendían no podían creer que el movimiento había cesado y que mis manos estaban abiertas. Fue algo desconcertante para los médicos que me atendieron en Panamá leer el informe en que se explicaba cómo había recibido la mejoría.

Aun me encontraba en la silla de ruedas, sin poder levantarme, pero al ver la mejoría en mi cuerpo la fisiatra que llevaba mi caso me ingresó a un plan de terapia un poco más intenso, comenzando a las siete y media de la mañana hasta las dos de la tarde de lunes a viernes. Era un nuevo reto al que me enfrentaba; pero con la esperanza de que todo volvería a la normalidad. Aun no había una respuesta concreta a mi caso; pero Dios era mi médico de cabecera.

Salía de casa todos los días muy temprano. Entre mi tía, mi hermana, y mi papá se alternaban para quedarse conmigo todas esas horas de terapia. Empezaba a enfrentarme a otros problemas físicos; no tenía equilibrio para mantenerme sentada, una de mis piernas no la podía flexionar, mis

pies comenzaron a virarse y a tomar una posición incorrecta.

La terapia se iniciaba en una tina de hidroterapia donde sumergían todo mi cuerpo, acostada en una camilla por casi cuarenta y cinco minutos para luego proceder con la movilización.

Resultaba doloroso cuando me colocaban en una mesa bocabajo. Me amarraban la pierna a un aparato y fijaban mi cuerpo para que no me moviera. La terapeuta empezaba a tratar de doblarla. El dolor era muy intenso; en esos momentos lloraba y le decía que no aguantaba más, que ya no quería continuar sufriendo. Luego me ponían boca arriba y colocaban un gran peso sobre mi pierna para que comenzara a flexionar. Así me tenían por casi una hora sin obtener resultado alguno; seguía también con los ejercicios para mis manos y el equilibrio. Llegaba a casa casi a las cuatro de la tarde, ya que muchas veces después de salir de este centro tenía otras citas médicas.

Yo pensé que lo que tenía por delante sería mucho más fácil, que ese año estaría levantada nuevamente; pero la realidad era otra. Las cosas empezaban a complicarse nuevamente. Me preguntaba por qué después de recibir una mejoría de gran magnitud tenía que seguir sufriendo. No entendía. Ahora empezaba a atravesar otra situación dolorosa; pero cada día Dios me daba la fuerza para continuar confiando.

Tenía que aprender a ser fuerte en medio de la prueba, a confiar plenamente en el Señor. Mi vida estaba en sus manos; Él sabía lo que sucedería después. Dios tenía un plan con este sufrimiento.

## **Querido lector:**

---

Es importante mantener la fe en tiempos de prueba. Aunque tengamos que pasar por el fuego y ser quebrantados, la fe debe permanecer. ¿Qué es la fe? *“Es, pues, la fe la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve”* (He 11:1). La fe cree que Dios cumplirá sus promesas aunque aun no las veamos hechas realidad.

Ten confianza en medio de las pruebas y las situaciones dolorosas de la vida. Recuerda que el Señor es un Dios de pacto y que cumple lo que promete. Pero Dios espera que le seamos obedientes. Mejor es confiar en Jehová que en el hombre; Él es nuestro mejor amigo. Ten por seguro que si atraviesas hoy por una situación difícil, Cristo está a tu lado diciéndote: *“Yo estoy contigo, no desmayes.”*

En Isaías 26:3,4 leemos: *“Tú guardarás en completa paz a aquel cuyo pensamiento en ti persevera; porque en ti ha confiado. Confiad en Jehová perpetuamente.”*

En Filipenses 4:6,7 dice: *“Por nada estéis afanosos, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias. Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús.”*

Dios nos habla cada día que pasa a través de su Palabra. Debemos estar atentos a su voz, debemos aferrarnos a sus promesas. ¿De qué vale desesperarnos, afanarnos por lo que ocurrirá mañana, si Dios está en control de todo? Cada día tiene su propio afán. Todos los días podemos aprender grandes lecciones.

# Continúan las pruebas

*Porque esta leve tribulación momentánea produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria; no mirando nosotros las cosas que se ven, sino las que no se ven; pues las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas.*

**2 Corintios 4:17-18**

**E**l 20 de febrero tuve otra prueba. Llegué como todos los días a las siete y media de la mañana al Centro de Rehabilitación para recibir mi tratamiento. Me acompañaban mi hermana y un primo, ya que mi padre no podía llevarme ese día.

Amuy entró conmigo, me ayudó a meterme en la tina de hidroterapia, y me dejó allí porque tenía que ir a la universidad. Me dijo: “Hermana, vuelvo dentro de algunas horas a buscarte. No voy a demorar.”

Ese día, al salir de la tina, la terapeuta me llevó a la parte de atrás del gimnasio para realizarme los ejercicios. Estaba perdiendo mi equilibrio y mis pies estaban tomando una posición incorrecta. Me resultaba dolorosa la terapia, pero decía dentro de mí: “*Todo esto va a mejorar; Dios me va a levantar. Le creo a Él.*”

Me colocaron en una mesa donde me amarraron las piernas, los brazos, y la cintura para luego levantarme; pero empecé a sentirme mal. Me tenían totalmente de pie, con mucho peso en mis piernas para que no se movieran. Le decía a la terapeuta que me sentía mal, que me ayudara. Ella me dijo, riéndose: “Allí te quedas hasta cuando yo diga. Te sientes mal, sí, pero te quedas de pie.” Se retiró y me dejó allí. En mi mente le



dije al Señor: “Tú eres mi médico, ayúdame. Que mi hermana venga y me baje de aquí.” Perdí el conocimiento.

Mi hermana estaba en la universidad cuando sintió la necesidad de regresar a donde me encontraba. Salió de su clase y le dijo a mi primo: “Vamos a ver a Nadhy.”

Cuando llegó y vio que no reaccionaba, me bajó de allí como pudo. Ella pedía ayuda, que me dieran los primeros auxilios, pero no le hicieron caso. Me sacó de allí con la ayuda de mi primo, y entre ambos me pusieron en el asiento trasero del auto para llevarme al hospital. Ya no respiraba, y mi hermana iba dándome respiración boca a boca.

Cuando me vio el primer médico en urgencia, le dijo a Amuy: “Lo siento, no podemos hacer más nada por su hermana, ya no reacciona. Ella murió.” Habían pasado varios minutos desde que yo había dejado de respirar.

Lo que recuerdo de ese momento crucial es que parecía como si me hubiera desprendido. Veía una luz muy brillante y no sentía dolor. Al abrir los ojos, a mi lado se encontraba una persona que ponía sus manos en mi cuerpo, y yo volvía a respirar. Dios me permitió vivir; no era mi tiempo. Él tenía propósitos con este sufrimiento; aun me faltaba un camino por recorrer.

Mi vida dependía del Señor. Estaba atravesando un momento de tormenta, pero mi confianza estaba puesta en Él. Cuando todo parece que está acabado, suceden grandes cosas, grandes cambios, y empezamos a caminar por fe.

Logré salir del hospital; estar estable nuevamente. Aun me encontraba en una silla de ruedas, algo débil, pero con nuevas fuerzas para seguir adelante. Cada día que pasaba, al acostarme decía: “Señor, gracias por este día, confío en que mañana será mejor que hoy.”

En mi interior comenzaban a ocurrir cambios. Dios estaba tratando conmigo y con toda mi familia. El 15 de marzo regresé al Centro de Rehabilitación para una evaluación. Al llegar el momento de ser atendida, me dijo la médica: “Ya no vas a recibir más tratamiento aquí. No ha habido respuesta. Tienes que seguir en tu casa, ya no te podemos ayudar más. Y ese Dios de quien tú nos hablas, ¿dónde está? Dile a tu Dios que te levante; díselo a Él, no a nosotros.”

Cuando salí por la puerta del consultorio, casi llorando, me viré y dije

al personal médico: “Voy a regresar caminando, porque mi Dios me va a levantar. Aquí regresaré bien.” Me miraban y se reían, y les dije desde mi silla: “Aquí regresaré caminando.”

Ese año pensaba que todo iba a mejorar; pero las cosas se complicaban cada día más. Le decía al Señor: “Sé que me vas a levantar. Confío en ti porque eres mi médico de cabecera. Padre, ¿cómo terminará todo esto? ¿Usarás a alguien? Si es así, oro por esa persona donde quiera que se encuentre. Te pido una bendición especial para ella. Seguiré esperando, no me detendré.”

Las circunstancias indicaban que no habría mejoría. Mis piernas tomaban una posición cada vez más incorrecta. Para estar sentada tenían que colocarme almohadas entre mis piernas, para separarlas. Era algo muy doloroso para mí. El ortopeda que me atendía decía que así como estaban mis pies, sólo podía realizar una operación estética.

Yo decía: “No, eso no. Mi Dios tiene poder para enderezar mis piernas y levantarme de aquí.” Aunque era difícil lo que atravesaba, sabía que no podía dejar de confiar.

Era mucho el dolor que sentía cuando me ayudaban a sentarme y pasarme a la silla. Muchas veces se me salían las lágrimas, pero aun en medio de tanto sufrimiento sonreía; quería seguir adelante. Así continué con mis estudios y pude graduarme de secundaria. Pensaba: “*Nadhy, no puedes dejar morir tus sueños.*”

## Querido lector:

---

El tiempo de Dios es perfecto. Él nunca llega tarde. Detrás de cada cosa que nos sucede, por muy dura que se vea, hay una gran bendición. En el sufrimiento nuestra fe es probada y fortalecida. En nuestras manos está la decisión de quedarnos allí, o mirar más allá de las circunstancias.

No dudes nunca de lo que Dios puede hacer a través de tu sufrimiento, aunque no puedas entender lo que esté sucediendo. Ten por seguro que hay un plan detrás de todo. Confiar en nuestro Señor Jesucristo es la clave. Él nunca te fallará y te dice hoy: “*No temas, yo estoy contigo.*”

Nuestra vida debe estar fundamentada sobre la roca que es Jesucristo. Si es así, nos mantendremos firmes al venir las tormentas y el dolor. Medita en Lucas 6:46-48.

*“¿Por qué me llamáis, Señor, Señor, y no hacéis lo que yo digo? Todo aquel que viene a mí, y oye mis palabras y las hace, os indicaré a quién es semejante. Semejante es al hombre que al edificar una casa, cavó y ahondó y puso el fundamento sobre la roca; y cuando vino una inundación, el río dio con ímpetu contra aquella casa, pero no la pudo mover, porque estaba fundada sobre la roca.”*

La palabra es clara, y Dios nos habla a través de ella cada día. Debemos ser obedientes. En este pasaje esto se compara con la construcción de una casa de sólidas bases que permanece firme en medio de las tormentas. Así tiene que ser nuestra vida.

¿Cuál es tu fundamento? Cuando vienen tormentas, ¿confías plenamente en nuestro Señor? Él debe ser tu Roca. Deja que Él te fortalezca, y estarás firme en medio de la tempestad.

# Cada día un nuevo reto

*Porque yo Jehová soy tu Dios, quien te sostiene de tu mano derecha, y te dice:  
No temas, yo te ayudo.*

**Isaías 41:13**

Cada vez me sentía más débil. Estaba perdiendo mis fuerzas por completo. Esta era una nueva situación, algo que no podía entender. ¿Por qué tanto sufrimiento? Estaba totalmente imposibilitada, sin poder levantarme. Parecía imposible que pudiera estar de nuevo de pie; pero para mi Dios no hay imposibles.

Era muy difícil y desesperante para mí no poder mover nada. Cerraba los ojos y decía: “Esto no puede ser, es un sueño”, y permanecía en mi recuerdo esa joven fuerte, dinámica, que me hacía anhelar estar así de nuevo.

Empezaba a vivir por fe, con la esperanza que todo mejoraría. En esos momentos podía darme cuenta de que el sólo hecho de poder mover un dedo era una bendición, un regalo de parte de Dios.

Para mí era difícil lo que estaba viviendo; mi mundo era distinto ahora. Dependía de otras personas que me ayudaran, cada día era un nuevo reto. Tenía dos opciones, rendirme o creerle a Dios. Resignarme o mirar más allá y seguir adelante. Decía: “Me voy a levantar, me veo de pie. Voy a salir de esto.” En mi interior comenzaron a ocurrir cambios; mi carácter se estaba modificando. Tenía que llenarme de fe.

Cada mañana llegaban a casa mi tía Teresa y mi abuela Urania y me decían: “Nadhy, ¿cómo estás?” Y me ayudaban a incorporarme. Mis respuestas variaban: “Bien, en victoria.” “Con ganas de seguir.” “De aquí me levantaré.” Pero otros días eran muy distintos. Me sentía triste,

sin palabras; pero no derrotada. Dependía de que alguien me diera la comida. Muchas veces mis lágrimas corrían por mi rostro, ya que lo que más anhelaba era poder moverme y realizar mi vida como cualquier joven.

Mis padres estaban en todo momento conmigo; nos unimos mucho más. La fortaleza en nuestro hogar era Cristo, en Él teníamos puesto nuestro fundamento.

Pasaba el tiempo y todo seguía igual, no había mejoría alguna. Estaba una vez más en manos de muchos especialistas y ninguno daba una respuesta a mi problema. Muchos decían que no había posibilidades y que nunca me iba a levantar. Pero yo decía: “Mi Dios sí lo hará.”

Esta situación me estaba enseñando a vivir por fe. No podía moverme por mí misma y dependía siempre de alguien para realizar mis actividades. Mis piernas estaban arqueadas hacia adentro y mis articulaciones estaban algo anquilosadas.

Diferentes terapeutas tomaban mi caso y me aplicaban distintas técnicas, pero sin conseguir mejoría alguna. Al final les decían a mis padres que no me iba a recuperar, que era un caso muy difícil, y dejaban de atenderme.

A pesar de tanto sufrimiento, seguía adelante, mirando más allá de las circunstancias. Daba gracias a Dios por cada cosa que me regalaba. Me daba cuenta de las bendiciones que Él nos da a diario. Aun sin poder moverme daba gracias. Decía: “Nadhy, no puedes dejar morir tus sueños.” Cerraba los ojos y me podía ver caminando, corriendo. Al abrir los ojos le decía al Señor: “Padre, si es tu voluntad, permite que pueda volver a levantarme. Voy a seguir luchando; no pienso rendirme. Confío en que tú me vas a ayudar a seguir adelante.”

Esta situación me enseñaba a valorar cada detalle que sucedía a mi alrededor. Estaba aprendiendo a través de esto, pero a la vez era difícil para mí. Muchas veces me desesperaba, lloraba, y decía: “Esto tiene que acabar muy pronto; todo tiene que mejorar.” Pero la realidad era otra, el tiempo seguía pasando y no recibía aun una respuesta.

No podía hacer una vida como cualquier joven de mi edad. Mis sueños eran distintos. Uno de ellos era verme de pie nuevamente. Soñaba con poder salir de mi casa y caminar, sin necesidad de que nadie me ayudara; poder comer con mis propias manos, moverme. Sólo Dios me podía conceder eso.

## Querido lector:

---

Por fe aprendemos a depender de Dios. Él quiere que dependamos de Él para todo en la vida. Hay tres cosas que debemos tener presente: (1) aprender a escuchar a Dios, (2) ser obedientes, y (3) esperar en Él. Para aprender a escuchar la voz de Dios hay que estar quietos. Si quieres que Dios esté en todos los asuntos de tu vida, debes dejar que Él obre.

Muchas veces no lo dejamos actuar, prestamos atención a otras cosas; andamos por vista. Tenemos que aprender a ver más allá de las circunstancias y ser obedientes, pues de lo contrario llevamos todas la de perder. Recuerda, si Dios te dice *espera*, es porque es lo mejor para ti. El tiempo de Dios es perfecto, Él nunca llega tarde.

Muchas veces llegamos a un momento en que le pedimos a Dios un descanso, pensamos que ya no podemos más. Pero Dios nos ama tanto que no quiere que nos quedemos estancados en cierto nivel de fe, sino que sigamos ascendiendo a otros niveles, aunque el camino sea doloroso.

En medio del dolor Dios nos utiliza. De las heridas más profundas salen los grandes ministerios. Él te puede usar en medio de tu debilidad. Eres importante. Ve las pruebas como oportunidades para crecer. Dentro de ti hay mucho potencial, cualidades, dones que Él quiere que tú uses. Nadie es perfecto, y en medio de nuestras imperfecciones surgen grandes oportunidades. Mira más allá de las circunstancias, aunque pienses que no hay salida. ¡Dios está obrando en ti!

## En espera de un milagro

*Nada hay imposible para Dios.*

**Lucas 1:37**

Cuando me gradué del colegio y desde una silla de ruedas recibí mi diploma, recuerdo que dije: “Hoy estoy así, pero sé que mañana estaré mejor; confié en mi Dios que me va a levantar.” A la vez me sentía un poco triste, porque ya habían pasado tres años sin poder realizar mis actividades favoritas.

Era el mes de diciembre de 2001 y pronto cumpliría mis 18 años. Cada vez que llegaba mi cumpleaños le decía al Señor: “Tú sabes cuál es el regalo que más anhelo. Padre, que se haga tu voluntad. Tú sabes lo que hay en mi corazón.”

A pesar de las circunstancias, en mi hogar había paz. Como familia empezamos a unirnos mucho más. Dios trabajó con cada uno de nosotros, y en medio de tanto sufrimiento, existía gozo. Confiábamos en que la situación iba a mejorar.

El año 2002 fue uno de los más duros, pero fue un año de victoria. Ya no podía moverme mucho. Tenía que permanecer acostada porque me agotaba estar sentada. Cuando estaba en posición horizontal presentaba dificultades con la respiración, así que debía estar en mi cama sentada el mayor tiempo posible. Tuvieron que buscarme con urgencia una de las camas que se reclinan. Mi cuello perdió toda su movilidad y su fuerza. Cuando me sentaban no podía controlar mi cabeza. Me colocaban diferentes cuellos ortopédicos para mantenerla firme, pero eso no me ayudaba mucho. Lo único que podía hacer era hablar.

Para realizarme exámenes en el hospital tenían que trasladarme en una ambulancia. Todas estas cosas eran muy duras tanto para mí como para

mi familia. Le decía al Señor: “Por favor, permíteme salir de mi casa caminando.” Los médicos decían que el diagnóstico era malo.

A mi casa venían cada cierto tiempo enfermeras, terapeutas, y un médico a verme y realizarme exámenes, pero no me daban muchas esperanzas. Me encontraba en una situación en la que sólo un milagro podría hacer que me levantara. Para poder enderezar mis pies y corregir mis piernas era necesaria una operación.

Cada día mi madre llegaba a mi cuarto, me tomaba la mano, y me decía: “Ay, hija, confío en Dios. Sueño con el día en que tú salgas por esa puerta y me des un abrazo.” Ella me tocaba pero no podía sentir su mano. Era muy difícil. Me acompañaba todo el día, me hablaba, me hacía reír en medio de tanto dolor. Me desesperaba muchas veces cuando entraba alguien al cuarto y yo quería virarme para ver quién era, y no podía.

Recuerdo el día del cumpleaños de mi mamá, el 22 de junio. Estábamos los cuatro en el cuarto; mi padre le compró un dulce y le cantamos. Ella decía que el mejor regalo que podía recibir y que le pedía a Dios era que yo me volviera a levantar. Sólo Él podía cambiar esta situación.

En esos momentos decisivos, muchos de mis amigos ya no estaban conmigo; sólo tenía a mi familia. En oportunidades sentía necesidad de llamar a alguien o de que alguien viniera y me hablara, pero no había nadie.

Muchas veces al orar por la noche lloraba y le pedía al Señor que me ayudara, porque sólo Él podía cambiar esta situación. Le rogaba que me enviara a alguien, una amistad sincera, y le repetía: “Sólo tú sabes cómo va a terminar esto. Confío en ti; nunca lo dejaré de hacer.” Le preguntaba: “Señor, ¿usarás a alguien? Si es así, te pido por esa persona, dondequiera que se encuentre. Te pido una bendición especial para ella; ponla en mi camino, por favor.”

Lloraba muchas veces porque ya quería que todo terminara, que las cosas empezaran a mejorar. Me preguntaba: “¿Dónde está esa niña fuerte de años atrás?” Pero interiormente me fortalecía.

Cada noche, al acostarme, me dormía con la esperanza de que el día siguiente fuera mucho mejor. Al despertar, decía: “Aquí vamos otra vez.” Estaba en espera de un milagro; ya hacía más de un año que no podía moverme. A mis 18 años me encontraba en este estado. Lo que pensé que iba a mejorar en unos días, se había convertido en años.



Mi madre había colocado en un cuadro en la pared frente a mi cama un rompecabezas que yo había armado años atrás. Era de un águila que volaba sobre unas montañas. Todas las mañanas lo veía y le decía al Señor: “Así como esa águila, tú renovarás mis fuerzas; tú vas a levantarme.”

Tal como la promesa en Isaías 40:29-31:

*“Él da esfuerzo al cansado, y multiplica las fuerzas al que no tiene ningunas. Los muchachos se fatigan y se cansan, los jóvenes flaquean y caen; pero los que esperan a Jehová tendrán nuevas fuerzas; levantarán alas como las águilas; correrán, y no se cansarán; caminarán, y no se fatigarán.”*

## Querido lector:

---

Cuando llegan las pruebas, ¿qué actitud tomas con respecto a Dios? ¿Reniegas o confías en Él? Confiar en Dios es lo mejor, ya que detrás del sufrimiento Él tiene un plan. Los problemas y obstáculos son piedras de tropiezo para algunos, pero para otros son peldaños hacia las alturas. Así que, no hay derrotas sino las que vienen de nosotros mismos. Con Dios no hay barreras.

Aunque los hombres te den la espalda, Dios nunca lo hará. Él te dice: *“No temas, porque yo estoy contigo; no desmayes, porque yo soy tu Dios que te esfuerzo.”*

En las pruebas te das cuenta de quiénes son tus verdaderos amigos. Muchos que decían ser mis amigos se alejaron cuando enfermé, pero al pasar el tiempo, Dios pondría personas en mi camino que valoraron mi amistad, y dejaron huellas en mi corazón que nunca olvidaré.

Cuando sientas que Dios está en silencio, y llegues a sentirte solo, preguntándote “¿por qué?”, puedes confiar en que Él te lleva en sus brazos. El Señor está obrando y tiene propósitos en tu sufrimiento. Confía con todo tu corazón porque Él nunca te dejará. Atrévete a mirar más allá de las circunstancias y decir: *“Confío en ti, Señor. Te entrego mi vida; haz tu voluntad. Cumple tus propósitos y dame de tus fuerzas para continuar adelante.”*